

El labrador cansado de las fae-  
nas campesinas, al oír aquel co-  
que, deja sus herramientas y se re-  
tira al hogar en medio de su espo-  
sa y de sus amados hijos, para to-  
mar en medio de este alegre e ino-  
cente cortejo, la frugal comida que  
la esposa activa y trabajadora,  
a ese pló de su divino modelo  
María Ina acaba de preparar.

No sólo en el campo pasa  
esto, pues en la Ciudad, la matro-  
na, Dueña del Hogar al oír esa ho-  
ca, llama a los hijos de sus en-  
trañas, a aquellos purísimos hijos  
que se levantan en medio de esa  
fuente fertilizada por la fe y la  
sangre de Cristo Señor N. para que  
con las manitas puestas y sus car-  
didors ojos vueltos al cielo, imple-  
ren el socorro de su querida Madre.

Aquí en el Convento en medio de  
silencio se ha oído muy bien la  
voz de la campana y nos hemos  
dispuesto para salir en el ins-  
tante a visitar la casa del Omni-  
potente. Pronto llegamos a la  
Iglesia. llenos de recogimiento y  
de respeto al pisar los umbrales  
del Templo del Todopoderoso.

Empiezan las Vísperas, dejanse  
oír angelicales voces llenas de  
júbilo al tiempo que el R.<sup>o</sup> Padre  
que las dirige toca las armoniosas  
notas del órgano para acompañar  
las débiles vocerillas de los novales ar-  
tistas. Pasadas estas plegarias  
salimos a ver los juegos o juegos  
que tuvieron lugar en la plaza.

Marion unos cuantos alobo, los al-

ferencia de la fiesta, pero ninguno  
tenemos el gusto de ver elevado  
pues se quemaron todos a unos pocos  
metros de altura. De lado y lado de  
la plaza se cruzaban mientras tam-  
to unos juegos que llaman "idas y  
venidas, vimos castillos, granadas y  
otras pequeñas diversiones que lle-  
nan de alegría el corazón humano  
pues todo lo de su miserable mun-  
do le llama la atención, y tam-  
bien le hacen pensar en las ale-  
grias y sin fin, para las cuales  
ha sido formado; y el Cielo mis-  
mo parecía acompañarnos en  
estos momentos de recreo, pues  
estaba la azulada bóveda salpi-  
queada por aquella multitud de  
mundos, sacados de la nada, los  
cuales difundían su suave luz.  
Ni más ligera nubecilla nos  
ocultaba una de esos inme-  
rables mundos, una brisa suave  
y tranquila soplabá a nuestro  
alrededor, se oía el canto de las  
aves nocturnas, el ligero murmullo  
de las aguas y el mismo Dios  
autor y Director de tan armonio-  
so concierto, se alegraba con nos-  
tros.

Dios. Ya ha sonado el alba de  
este día, un ligero tinte ilumina el  
Oriente. la noche arrojó hacia el  
Occidente su manto dejando a des-  
cubierto el resplandeciente vestido de  
nacarado azul que tan bien le sienta  
al cielo en días de festival y el astro  
Rey viene a ocultar con su divini-  
dad, la pálida de las estrellas.